Srn Luis Sánchez

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. II | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, MIÉRCOLES 15 DE SETIEMBRE DE 1920 | Nº 3

PALABRAS MEMORABLES

A LOS COSTARRICENSES:

COMO un tributo de consideración por el comportamiento que ha tenido Costa Rica, durante la cruda crisis de Centro América, y que hasta el día conserva en medio de la ruina que han sufrido y en que están anonadadas las instituciones de la República; yo dedico a los pueblos costarricenses la defensa que presento al Tribunal augusto de la opinión nacional.

Costa Rica, en donde verdaderamente han gobernado funcionarios que tienen virtudes republicanas: Costa Rica en donde únicamente se han obedecido las leyes: Costa Rica, que cuerdamente se ha eximido todo lo posible de los males de la revolución, y que se encuentra sin el oprobio de los bienes que han cogido los jefes revolucionarios; es la porción de Centro América que, en mi concepto, y según el juicio de las personas imparciales, que conocen nuestras desgracias, merece los encomios que siempre acompañarán a los pueblos virtuosos.

Proscrito por los enemigos del orden, de la paz y de la prosperidad de la patria, nada me ha quedado que pueda ofrecer a los costarricenses en demostración de mi gratitud, por no haberse desviado del camino recto de la ley y de la razón: toda mi riqueza consiste en las sanas intenciones que me guiaron cuando goberné la República; y os las presento en este libro, cierto de que la ofrenda es digna de vosotros, porque sois testigo de que siempre habéis unido vuestros pasos a los esfuerzos que he practicado por evitar los desastres de la nación; y no dudo que en la actualidad dirigís, así como yo, fervorosos votos al trono del Altísimo por la mejora y felicidad de la hermosa y amada Centro América.

MANUEL JOSÉ ARCE.
Primer Presidente
de Centro América.

Méjico, 18 de junio de 1830.

(De la *Memoria*).

Renovemos el juramento de seguir por el buen camino de los mayores y garanticemos con nuestra conducta loable el honroso fallo del prócer.

PRENSA

LA frase célebre del pensador alemán, «LUZ, MÁS LUZ», la interpreta el mundo moderno en expresiones que revelan un igual amor a la verdad o una fe profunda y religiosa en la inteligencia. «Prensa, más prensa», equivale a eso también, «Escuela, más escuela». Ambos reclamos acusan una semejante necesidad de iluminación superior, imperiosa iluminación del interior humano en esta hora suprema en que el mundo apela a todas sus fuerzas morales para despertar en el hombre el sentimiento de su propia majestad y la conciencia de sus destinos.

Y cosa curiosa, aunque perfectamente justificable. Después de la guerra, la mayor preocupación espiritual de los pueblos ha sido la de apresurarse a realzar el valor de la escuela pública para hacerla más eficaz en su finalidad constructiva de altas ideas y de mejores sentimientos, y en promover publicaciones de todo orden para esparcir ideas de esperanza y de fe varonil en el porvenir, todo para curar a la sociedad del inmenso mal que se hizo lanzándose en una guerra cruel y primitiva.

El desarrollo de la prensa para un país libre es tan virtuoso como lo fuera la promoción, en grande, de sus instituciones escolares. Y es más aún, una y otra cosa determinan, desde luego, el estado moral de la sociedad, hacen sentir su anhelo de crecer, de fortalecerse, de mejorarse. Y en todo caso, se trata de instituciones que viven naturalmente de la sustancia de la libertad, prosperan bajo el amparo de la justicia y nacen de la fuerza del bien y para servicio del bien. Por eso precisamente el mal las persigue, las destruye o las corrompe, y de ahí que la tiranía, a pesar de su desgarbo, prefiere la oscuridad para ocultar sus complicidades y por esa razón menosprecia a la escuela, y a la prensa la mata o la debilita. Si donde quiera que se abre una escuela hay una lámpara que se enciende, en donde quiera que se lanza un periódico, hay una nueva fuerza que puede y debe trabajar en favor de los nobles intereses de una sociedad.

A cualquiera nación le conviene, como principio de salud, el amplio desarrollo de estas instituciones, porque todas ellas son formas de su defensa, de la defensa de su virtud y de su propia vida. Más, si se quiere vivir en república, que es, por condición orgánica, un sistema de deliberación y análisis y de intervención constante del ciudadano en la cosa pública. Y a la Prensa, como cuerpo colectivo, le conviene—desde un punto de vista moral—su propio fortalecimiento: cada progreso que realice, cada ventaja que conquiste, cada hoja nueva que se produzca, acrecienta su poder social y son caudales de energía que la renuevan, que la vitalizan y que amplían sus posibilidades de acción. La Prensa no tiene, en el fondo, más que una soberana finalidad, y es la de organizar la opinión pública, darle una voz y armas para reclamar el derecho y hacerlo real, y para combatir las fuerzas que, en el hombre o en las instituciones, trabajan sorda o francamente contra el orden de las sociedades.

No puede perderse de vista esta circunstancia sin incurrir en el error tremendo de dejar a la República sin sus propios y naturales elementos de vida. A la república hay que construirla desde fuera, mejor desde el hogar, desde los centros sociales, desde la escuela, desde la Prensa. Nosotros, los americanos, hemos procedido desde otra parte y por ello la república nos resulta imposible y hasta invivible: hemos perdido la fe en el hogar como constructor de virtudes, nuestros centros sociales son todos efímeros, creemos que nuestra escuela está desorganizada y nuestra Prensa no siempre se mantiene en una elevada posición. Hemos creído construir la república creyendo que todo depende de elegir un buen presidente o de organizar un

congreso. Todo esto es sencillamente una fatal equivocación cuya consecuencia ha sido la de provocar el desaliento en el ánimo del mayor número y exponernos a todos a grandes peligros.

El idealista o el modesto patriota tendrán siempre razón en querer combatir la falacia del buen presidente o del bueno o mal congreso y en querer convencer a las gentes de que la salvación de nuestros pueblos, que aspiran a vivir instituciones ideales, está en multiplicar las escuelas animándolas, al mismo tiempo, con un espíritu de trabajo activo; en generalizar la cultura y en convertirla en actividad febril y permanente; en ennoblecer la casa y en hacer periódicos para mover las ideas; todo ello es forma de predicar y de practicar el bien, de invitar al hombre a elevarse a una elevada contemplación de su propia nobleza y a ejercitar sus fuerzas en la obra de hacer una sociedad mejor y de construir una patria digna de tal nombre.

Nadie tendrá valor, seguramente, para decir que una nueva escuela constituye un mal nacional y que, por lo tanto, debe cerrarse. Y en una república en donde los periódicos se consagren a combatirse los unos a los otros, en vez de hacerse cada uno fuerte y grande, sería tanto como hacerse acreedor a un odioso estigma de torpe y selvática sensiblidad, de egoísmo insano y de falta de conciencia moral y de comprensión de la única finalidad de la prensa que es la de hacer luz.

RÓMULO TOVAR

(Diario del Comercio. San José de Costa Rica).

Diálogo de Aquiles y Elena

Del libro próximo a publicarse: *El Plano Oblicuo.*

ESCENARIO no muy vasto, no tan vasto como se asegura: la cabeza de Walter Savage Landor. Ambiente romano convencional.

En el fondo, templos en ruinas, grises, olvidados, duermen con una solemnidad fotográfica. Abundan las inscripciones jurídicas, las piedras históricas. La yerba, descolorida. Las cigarras han huído de todos los árboles—árboles en forma de parasol—. Parece que nunca hubo cigarras, o se las confunde con unas viejecitas romanas que hierven su caldo, a mediodía, entre las grietas del Capitolio.

A lo lejos—clara campiña—se columbran, como liras abiertas, los cuernos de los toros latinos. Anochece.

Aquiles y Elena, en primer término. Ella, de pie; él, tendido, reclinado sobre la yerba. Aunque hechos a todas las cabezas, se encuentran incómodos: hubieran preferido un escenario más adecuado. ¿Qué han de hacer aquí, entre los despojos de la gente romana? ¡Oh Landor! Muy a tu pesar, los dos se acuerdan, en excelente griego arcaico, del Escamandro, de los muros de Ilión, de las naves huecas en la playa.

Este diálogo acontece inmediatamente después del que escribió Landor. Es como charla de bastidores adentro entre gente sutil que se ha violentado para representar un mal drama: Aquiles, amoscado de haber hecho el necio; Elena, más que sofocada (¡nuestras pobres mujeres!) de haber hecho la niña boba.

En Landor, Aquiles se preocupa de las faltas ajenas, y ostenta puerilmente la atrasada botánica—botánica de maestro curandero, de saludador—que heredó de su preceptor Quirón. En Landor, Elena, al reconocer a Aquiles, sólo piensa en suplicarle que no haga de ella su esclava, su hembra. Y Elena—todos la conocéis—ha dicho siempre: «Si en algo me complazco yo, es en que todos los hombres me hagan su esclava».

Pero las hipóstasis están sujetas a los caprichos de la mente que las concibe. Y Aquiles y Elena, muy a su pesar, salieron al escenario del diálogo como quiso Landor, charlaron un poco (¡rara charla, por cierto!; ¡peregrina concepción de Grecia! Una charla tejida de interrogaciones y exclamaciones), y, al fin, abandonaron la escena. Y helos que no saben a qué dioses darse, metidos en aquella cabeza más bien romana: un escenario no muy vasto.

Aquiles trae el resquemor de las últimas palabras que le hicieron decir: cierta alusión muy lamartiniana al corazón, al único sitio vulnerable. Elena trae la incomodidad de haber tenido que portarse con miedo y dar unas disculpas ociosas (¡ella nunca se disculpó!); de haber dicho tanta trivialidad.

Las liebres, entre las ruinas, se burlan gloriosamente de su meditación, correteando como faunos y ninfas que se persiguen:

Y Elena:

—¡Oh, cuán puros éramos ayer!

Aquiles finge no escucharla; pero lo denuncia un cantarcillo que le viene a los labios, que musita entre dientes, y que dice, más o menos: «Sí, sí, cualquiera tiempo pasado fué mejor».

Como Elena es mujer mimosa (de niña, sus hermanos la subían a sus caballos), conversación que se propone no la perdona. Insiste:

—¿Aquiles? ¡Oh, cuán puros éramos ayer!

Aquiles, como todo ser dotado de naturaleza doble y confusa, es meditabundo, dado al silencio. A veces, descuidaba la guerra, divertido con la vista del mar. Quién afirma que lo ha oído requebrar a las olas, diciéndoles: «Sólo tú me comprendes». Quién asegura que lo ha sorprendido confiando sus secretos a los caballos de su carro y cuchicheando a sus orejas: «Pero no se lo digas a nadie; ni a Patroclo». Su doble naturaleza lo hace concentrado y altivo. Algo tiene de los animales domésticos, que no siempre entienden bien lo que les queremos; algo de los poetas, que casi nunca escuchan lo que les decimos. Aquiles es tan inconsciente y profundo como Elena es avizora, locuaz, dueña de sus alfileres y sus encantos: ¡buena mujer, al fin!

Aquiles no experimenta la necesidad de hablar. Tampoco ama precisamente a Elena, a despecho de la suspicacia de Landor. Si la amara, comenzaría por declararlo. Los griegos no disimulaban su placer, ni su ira, ni su miedo. (Antes del combate no era extraño verles llorar). Pero Aquiles piensa que no es necesario conversar con Elena: basta contemplarla. Tiene razón.

Y, sin quererlo, por el hábito de la duda metódica, tan desarrollado en los seres de doble esencia, se pregunta si, después de todo, Elena será tan hermosa como dice la fama... Medita, compara y resuelve:

—Es en verdad, muy linda. Pero... ese cuello blanco, tan largo... Bien se ve que es hija del Cisne.

Elena, aunque acostumbrada a estos chismorreos vulgares que corren entre las comadres a propósito de su paternidad y su nacimiento, protesta con una patadita ligera. (¡La infiel tiene unos pies de diosa!) Y, ya irritada, insiste con un tonillo impertinente:

—¡Aquiles! ¡Aquiles! ¡Centauros te habían de educar, que no en la corte del rey de Francia! Por los pies de plata de tu madre, ¿no me harás caso? Escucha: ¡Oh, cuán puros éramos ayer! ¿Qué me respondes?

Aquiles, cuyo sentimiento del espectáculo es a sus horas más hondo que el de las cigüeñas de Egipto ante el crepúsculo (rojo y oro sobre el Nilo, palmeras de cobre, inmensidad), ha sorprendido el piececito inquieto de Elena; ha oído la invocación—algo

imprudente—a los pies de plata de su madre; asocia lo que ve con lo que oye. Medita, compara, resuelve:

—¡Si ésta hubiera tenido los pies de plata! ¡Ay, pero ni una huella en el suelo, ni cómo rastrearla y seguirla! ¡Triste Menelao! Más ligeros son los pies de Elena que los míos. Ella, como Iris, no toca el suelo; pisa en la voluntad de los hombres con unas pisadas invisibles, como tentaciones. Sus plantas huelen al jugo de todas las flores. ¡Oh, qué hurtos, qué correrías por los jardines! Elena a todos los hombres podría decirles: «¡Acuérdate, acuérdate de aquel día!»

Elena, anonadada, se sonreía trémulamente. Si aquello fuera galanteo de jovencete o reclamo de enamorado, ahí de las habilidades y composturas que ella sabía. Pero oírse elogiar así, en tercera persona, frente a frente y—como si fuera cristiana—¡por sus pecados!, es cosa que la desvanece, trémulamente.

La luna, entre las ruinas inoportunas, asoma, vieja Celestina, fría a la vez que rozagante, pagada de sí. Algún pajarraco burlón, en el horizonte, desde su rama, proyectado sobre el astro como una sombra chinesca, lo picotea, lo picotea, con un regocijado chiar.

Cuando Elena advierte que ha anochecido, echa atrás el manto, descubre los brazos hacia la luna, y canta:

—El ansia de la tierra está suspendida de mis manos...

Es una antigua canción de rueca. Los ojos de Elena relampaguean furtivamente hacia Aquiles, el soldadón. Aquiles se acuerda de la infortunada Briseida, su dulce esclava.

—El ansia de la tierra está suspendida de mis manos. Venid a buscarme por las tapias de mi jardín, al hora en que duerme mi señor y enmudece la pajarera. Las fuentes se han vuelto de luz. ¡Ay, Romeo! ¡Ay, Calixto!

»En la sangre de mi palomar se han teñido vuestros halcones. Al hora de la alondra os iréis de mí. Venid a buscarme por las tapias de mi jardín.

»Me cortejaréis con adivinanzas, como Salomón a la reina Balquis. Yo os propondré los enigmas que me enseñaba mi nodriza la Esfinge, con que supe conducir al Infierno, como a tigre por el cordón de seda, a aquel caballero alemán que me evocó, espantado, desde el trípode de las Madres.

»El ansia de la tierra está suspendida de mis manos.

»¡Ay padre, hermanos, esposo mío! No os lo ocultaré: lo han querido todos los dioses. Me ostentaré desde la torre de Troya, para ver a los que luchan por mí, y todos lo adivinarán en esta cabellera desordenada, en esta cabellera que me denuncia, revuelta con las hojas del suelo.

»Gira, gira, gira, rueca mía, devanando el hilo de la plata. Las Parcas ya no saben tejer. Las princesas llamarán a los pájaros para desenredar la madeja. Lo que haga de día la hilandera casta, yo lo desharé por la noche. ¡Redes de la mar, redes de la mar! ¡Os he tejido con mis cabellos de cáñamo! ¡Túnica, túnica de mi amado muerto! Yo la tejí para él; la teñí en mi sangre venenosa.

»Y el ansia de la tierra está suspendida de mis hábiles manos.

»Día llegará: mis taloncitos sonrosados os redoblarán sobre el corazón. Día llegará: os llevaré en rastra al cielo, estrangulados en mis trenzas de cáñamo. Porque yo soy vuestro dueño. Hombres, todos los hombres: «¡Acuérdate de Aquel Día!», gritadme todos, y yo desfalleceré, trémulamente».

—Bien—comenta Aquiles a media voz, mientras ella se recoge en el manto, jadeante, y lo abre y lo cierra como las alas de una mariposa lunar—. Bien: el gusto, algo asiático, poco ponderado: confusión de estilos y de épocas; el sabor, de clavo; el olor, de mirra. Pero ello va con las aficiones del tiempo. Y menos mal que no ha hecho el menor caso de estas ruinas romanas.

(Arde bajo la luna, al fondo, una ruina en forma de herradura, desportillada como una dentadura vieja).

Y:

—¡El ansia de la tierra está chorreando de mis brazos!—exagera Elena, arrebatada, mientras, en una ola de luz, la túnica se le arrolla a los pies, formando un nido, de donde salta ella, dorada, desnuda, hija del Cisne.

«Forma substancial de la luz. Cisne, flor de hielo: ahógame en tu cíngulo de seda, y yo flotaré, cabellera inútil, sobre el río en que se baña mi madre—¡oh hermanos míos!—, mientras vuestra honestidad se da topes en los picos de las estrellas».

Y después, cruzando los brazos, arrullando su propio seno:

—Dos gemelos traigo yo en brazos, dos hermanos de leche. Cástor se llama el de la izquierda, y el otro es Pólux. Tiemblan como corderillos los dos. Los Caballeros del Día y de la Noche, mis dos hermanos, me buscan cuando me les pierdo en las nubes crepusculares. Dos estrellas traigo en las manos: una la ambicionan para su corazón los mancebos; la otra la imploran las vírgenes para su frente.

»Día llegará, día llegará... Yo soy vuestro dueño, y me transfiguro siguiendo la ley de vuestros anhelos. Pero hay que desfallecer: algo inefable nos reclama».

Y Elena tirita, entre la noche.

Entretanto, Aquiles, como marido que despierta de mal humor:

—¿Elena?

—¿Aquiles?

—Mis grebas están sin lustre; mi escudo padece abolladuras; el filo de mi espada está sordo. Haz que todo me sea alistado para la hora de partir.

Elena, descuidada, exhala su alma en una canción indiscreta:

—Volveré contigo en cuanto el otro...

Pero se detiene, sobresaltada, al canto del gallo.

Aquiles, ya entre sueños y desvaneciéndose, reintegrándose en el color y los perfiles del suelo, tiene pesadillas de mitólogo.

—Esto del talón vulnerable...—masculla—. Gota hereditaria... Juventud disipada de mi padre Peleo... Sólo tú me comprendes... No se lo digas a nadie, ni a Patroclo...

Elena, entretanto, el vello cuajado de rocío, corre de puntillas a refugiarse en el tronco de cualquier árbol.

Y el gallo, a voz en cuello, clarinea:

—¡Acuérdate de aquel día!

ALFONSO REYES

(*España*, Madrid).

Del Anecdotario Infantil Costarricense

LA chiquita de cinco años conversa formalmente con las vecinas; ellas le cuentan que comen *sopa de moscas* y *canillas de zopilote*, por lo que la chiquita hace ascos y gesticula. Luego las vecinas,—de buen humor—le dicen que su papá es muy feo, que está muy viejo, que está arrugado. Ella se resiente y contesta:

—¡Ay! no le diga así; ¿no vé que papá es un Dios?

*

LUEGO trae dos inquietudes cuando vuelve a la casa:

—Papá, ¿cómo es Dios? ¿estará sentado? y enseguida cuenta como le han tratado al papá, le han dicho viejo *alugado*.

—La vieja alugada sos vos.

—No, yo no soy alugada.

—Vos sos la alugada, porque sos vieja y fea, y yo soy chiquito.

—¡Ah sí! tamaño chiquitito de cien años, ¡ah sí!

*

AHORA está comiendo mangos con el dinero que le dió el papá. Por broma, éste le pide un pedazo. Ella razona con entera lógica.

—¡Tan chiche! Ya quiere que uno lo mantenga... ¿Por qué no trabaja?

(Recogidas por V. Cordero B. Heredia).

Un rasgo de Mr. Wilson

Un senador por el Estado de Virginia, Mr. Tessender, que en la actualidad aspira a la reelección, escribió al Presidente Wilson una carta en que le pedía su apoyo con el objéto de hacer más eficaz su postulación.

El Presidente Wilson, que a ratos es idealista, respondió:

«Refiriéndome a su consabida petición, manifestaré que me ha extrañado, no el que usted la haya formulado, sino que la haya dirigido a mí; porque yo, en vista del empeño singular que he tenido, desde que soy gobierno, en no intervenir, personal u oficialmente, en asuntos electorales, me creía con derecho a esperar que, si no son mis adversarios políticos, inspirados por prejuicios fáciles de explicar, por lo menos mis correligionarios—sin decir nada de mis antiguos amigos íntimos, entre los cuales me complazco en incluir a usted—no me inferirían el agravio de siquiera suponer que yo fuese capaz de encauzar el sufragio popular, por pequeño que sea el grupo envuelto, a favor de determinado candidato, recurriendo a la influencia política, incidente del cargo que desempeño.

»Y agregaré, que la ofensa en el caso de usted, desde mi punto de vista, reviste la agravante, aparte de la preseñalada condición de vieja amistad, de haberme pedido el amañado servicio en cuestión, a raíz de su apoyo en el Senado de mi política extranjera para el cercano futuro, encarnada en el Convenio de la Liga de las Naciones. Yo, desde luego, le reconozco ese apoyo, pero no debo recompensarlo prevaricando en mi carácter de gobernante, porque créame, querido senador, el que gobierna una nación y, prevalido de su mando, facilita o resta votos a cualquiera de sus conciudadanos en una liza electoral, incurre en una de las más graves responsabilidades previstas en el código moral de toda verdadera democracia».

¿No es verdad que esas palabras del Presidente Wilson han de causar asombro a nuestros gobernantes y en general a todos nuestros políticos?

Ya es hora que nosotros, en vez de imitar los modales groseros del bajo pueblo neoyorkino, ya que damos en «calcar» a los yankees, nos ocupemos mejor en que nuestros gobernantes (los de ayer lo mismo que los de hoy) tengan rasgos parecidos a los del Presidente Wilson.

(*El Sol*. Santiago de Cuba).

El caso de Américo Lugo

Hace algunos meses la prensa cubana reprodujo en sus columnas la Orden Ejecutiva Nº 385, del Gobierno Militar Americano de Ocupación en la República Dominicana, aboliendo la censura. Leída esa Orden Ejecutiva se advertía que, si bien se suprimía la previa censura, se establecía, en cambio, una limitación bochornosa a la palabra escrita. Se podía escribir «libremente», pero el que escribía quedaba expuesto a ser perseguido porque el Gobierno militar estimase que sus palabras eran hostiles al Gobierno, o incitaran a la revuelta o tuvieran carácter «inflamatorio», o ridiculizaran siquiera la situación política existente.

El resultado de esa orden militar se está palpando ahora, y en nuestro «De Sol a Sol» de ayer, dimos cuenta de las prisiones de los periodistas Lugo, Fiallo, Castillo, Tolentino, Flores Cabrera, a los cuales pueden agregarse los nombres de Liz, Delanoy, Durán y Sanabria, todos procesados por haber escrito pidiendo el restablecimiento de la soberanía.

He aquí los párrafos de Américo Lugo, que han dado lugar a que se le procese:

«Ni la necesidad de sostenerse en este país ni la pretensión de querer «ayudarnos a volver a una condición de orden interno», facultan a los Estados Unidos de América a poner la mano en todo, como si nada hubiera estado organizado entre nosotros antes de la violenta irrupción de sus soldados. Política, finanzas, vías de comunicación, derecho civil, derecho penal, procedimiento civil, leyes municipales, beneficencia, ni un solo punto ha escapado a su actividad, que ha transformado la marcha regular de nuestra vida civil y política y militarizado, en cierto modo, algunos aspectos de nuestras costumbres, hasta ayer tan dulces, tan puras, tan patriarcales.

»Puede decirse que todas nuestras instituciones cayeron al suelo junto con nuestra libertad, excepción hecha de los antiguos tribunales de justicia, que funcionan con entera independencia, aplicando el derecho nacional; pero al lado de ellos, y contrastando con su perfecta organización legal, el Estado ocupante ha creado, como para dar idea de su poder, el imperfecto y formidable tribunal absoluto de la Comisión Dominicana de Reclamaciones».

Y he aquí la carta de suyo elocuente, que Américo Lugo escribe a nuestro Director:

«Santo Domingo, 27 de Julio de 1920.

Señor Dr. Max. Henríquez Ureña
Santiago de Cuba.

»Mi querido amigo:

»He recibido y mucho agradezco el cablegrama en que Ud. y otros señores y amigos de esa ciudad me dicen que me esperan por esta ocasión por considerar mi concurso indispensable.

»Desde el 15 del corriente estoy procesado y sometido a la Superior Corte Marcial, después de haber sido arrestado y puesto en libertad privisional bajo fianza por la suma de 3,000 pesos; todo bajo la inculpación de haber violado la Orden Ejecutiva Nº 385, que declara abolida la censura en esta República.

»El día siguiente de mi arresto sufrieron la misma suerte Fabio Fiallo y M. Flores Cabrera, quienes no han podido obtener libertad provisional y cuya causa ha comenzado hoy ante una Comisión Militar, también por violación de la misma Orden Ejecutiva. Las causas de Luis C. del Castillo y O. Delanoy, por «delito de prensa», terminaron la semana pasada: éste está ya trabajando en la calle en traje de presidiario, condenado a seis meses de prisión y 500 pesos de multa; la sentencia de Castillo aún no se sabe cuál es.

»La Junta Provisional de la Unión Nacional había dispuesto que «Las Noticias» fuese un órgano oficial y nos había dado mandato a Fabio de ser el director y a Enrique Henríquez y a mí para ser los redactores. Comencé a publicar una serie de artículos titulados «La Semana Patriótica» y he sido procesado por el artículo V, cuya copia adjunto. La acusación versa sobre los dos primeros párrafos, calificados de sarcásticos e irónicos, injustos, inexactos, ridiculizadores y tan hostiles que concitan al pueblo a perturbaciones, desórdenes o revueltas. Todos esos calificativos merece un artículo doctrinal, de carácter científico, en el cual se le hace no poca justicia al poder ocupante al decirse que nuestros tribunales funcionan con entera independencia, y en el cual, para decir que han sido militarizadas nuestras costumbres, se hacen dos disticiones, a saber, que han militarizado «en cierto modo, y algunos aspectos», de ellas.

»Reitero a Ud. y a los señores firmantes mi agradecimiento y con saludo para D. Pacho y D. Federico, le abraza su affmo. S. y amigo.

Américo Lugo»

(*El Sol*.—Santiago de Cuba).

La prensa de Cuba en favor de Fabio Fiallo

Cablegramas dirigidos a la Prensa de toda la América y al Pte. Wilson

HABANA, agosto 9.—Modesto Morales Díaz, en su calidad de Presidente de la Asociación de la Prensa de Cuba, ha dirigido un extenso cablegrama a las Asociaciones de la Prensa de todos los países de América, con el propósito de reclamar el concurso de éstas para pedir la libertad del poeta dominicano Fabio Fiallo, que fué representante diplomático de Santo Domingo en Cuba, durante algunos años, y que en la actualidad se encuentra sufriendo prisión y en vísperas de ser juzgado por un Consejo de Guerra por haber escrito artículos reclamando el restablecimiento de la soberanía de su país, actualmente intervenido por las tropas americanas, que son las que han realizado su detención.

En igual sentido se dirige la Asociación de la Prensa al Presidente de los Estados Unidos, Mr. Thomas Woodrow Wilson, enviándole el siguiente cablegrama:

«La Asociación de la Prensa de Cuba, profundamente afectada con las medidas que en los actuales momentos ha dictado la autoridad militar en la República Dominicana contra personalidades prominentes de aquel país acusadas por delito de imprenta y en especial contra el patriota y publicista Fabio Fiallo, sujeto a la jurisdicción de una severa corte militar, facultada simultaneamente a estos acontecimientos para imponer la pena de muerte, acude al Honorable Presidente de los Estados Unidos, pidiéndole en nombre de un sentimiento humanitario y de confraternidad su intervención inmediata en este caso, a fin de que sea solucionado conforme al espíritu de justicia y a los nobles y rectos principios democráticos que realzan su nombre y son orgullo legítimo del pueblo americano. La Asociación de la Prensa de Cuba ofrece al Honorable Presidente el testimonio de su más respetuosa y sincera consideración.—(Firmado) M. MORALES DÍAZ, Presidente.

Un cable a Mr. Josephus Daniels

EN el *Heraldo de Cuba* se publica lo siguiente con relación al caso de los periodistas dominicanos encarcelados por la ocupación militar:

Con motivo del proceso que se sigue a varios periodistas en Santo Domingo, entre ellos a los ilustres escritores Doctor Américo Lugo y Fabio Fiallo, el señor Tulio M. Cesteros, en su calidad de miembro de la Junta Nacionalista que preside en el extranjero en pro de la restauración de la República Domicana el Presidente Henríquez y Carvajal, dirigió el lunes 2, al Secretario de la Marina de Estados Unidos, Mr. Josephus Daniels, que es el jefe de quien dependen las fuerzas de ocupación, el siguiente cable:

«En entrevista 8 abril a la cual asistí con Mr. Gompers, tuve gusto oirle decir a usted de la Orden Militar número 385 (Reglamento para abolir la Censura) del Gobierno Militarde Santo Domingo «esto es abolir y no abolir». Ahora, en virtud de esa Orden que contradice las doctrinas democráticas americanas y viola derechos humanos, el Gobierno Militar encarcela a varios periodistas y los somete a Corte Marcial. Recuerdo a usted su opinión en esa misma entrevista respecto a que es ya tiempo de que cese la ocupación de Santo Domingo, para esperar que usted acceda con simpatía a mi demanda y que la autoridad representativa de las doctrinas del Presidente Wilson, devuelva la libertad a los periodistas perseguidos Doctor Lugo, Fiallo, Castillo, Tolentino, Flores Cabrera, Liz, Arzeno, Sanabia, y se inicien medidas conducentes a restaurar la República Dominicana».

Ayer, martes, el señor Cestero, recibió esta respuesta:

Washington, D. C., 18:

Señor Tulio M. Cestero.

40 Manrique Street.

Havana.

Telegram received and am looking into matter carefully.

(Recibido telegrama, ocúpome del asunto cuidadosamente).

JOSEPHUS DANIELS.

Una errata

En el REPERTORIO anterior, en la página 28, línea 33 de la columna tercera, se lee: «esta obra *completa* de hacer la patria». Léase como debe ser: *compleja*.

Academia Lírico-Dramática Centroamericana

San Salvador, 10 de junio de 1920.

Señor García Monge
Director del REPERTORIO AMERICANO
San José, C. R.

Muy señor nuestro:

PONEMOS en el elevado conocimiento de Ud. que estamos organizando en esta capital con un valioso personal de ambos sexos, una sociedad de declamación y canto, que denominaremos «Academia Lírico-Dramática Centroamericana».

Nuestra idea, al fundar dicha sociedad, nueva entre nosotros, es darle vigoroso impulso al arte centroamericano; queremos hacer verdadero arte nacional para que nuestros escritores tengan amplio campo de acción para escribir obras puramente regionales.

Al poner en su conocimiento nuestra idea, no dudamos que nos favorecerá con su decidido apoyo moral y su vigorosa intelectualidad, rogándole a la vez que nos facilite las columnas de su importante diario para todo aquello que creamos de utilidad pública y que esté relacionado con nuestros ideales; suplicámosle también que ya sea en común o separadamente se sirva darle publicidad a nuestros pequeños trabajos, ya que sólo perseguimos una idea generosa y noble.

Con la mayor consideración y aprecio, somos del señor Director muy atentos servidares,

FERNANDO C. GARCÍA
J. EMILIO ARAGÓN

Frío, duro como mármol

Allí, el viejo sentado siempre, miraba impasible y mudo pasar las horas como si fueran pajarillos del aire.

Y el alma de una hora de la mañana, fresca y risueña, lo cogió del cabello y lo sacudió con crueldad. El viejo volvió sus ojos sin brillo y luego... siguió mudo e impasible. El alma de la hora sonrió y siguió su camino.

Vino la hora del mediodía y orgullosa siguió su camino. Era altiva y la luz de sus ojos quemaba. El viejo sentía que un calor le subía por el cuerpo, pero sus ojos no sabían ver más que la sombra, y allí permaneció, siempre mudo.

Y vino la hora del anochecer. Inclinó su frente en las rodillas del viejo de mármol y lloró con dolor. Las rodillas se estremecieron, pero el viejo impasible y mudo, no oyó la bendición de la hora que se iba.

EMMA GAMBOA

LOS NIÑOS QUE AHORRAN

(ITALIA)

El correo me ha traído esta ingenua y curiosa cartita.

«Muy señor mío:

»Todos hablan de las economías que es preciso hacer en tiempo de guerra; mi papá me ha dicho que en Italia los niños también ahorran, pegando sellos de correo en unos papeles que después llevan al maestro. Le suplico que me explique cómo se hace eso, porque muchos niños, amigos míos, desean empezar a renunciar a los chocolatines. Ciertamente, el sacrificio será grande ¡porque los dulces nos gustan tanto!

»Laguna Larga de Córdoba.

«*Carlitos Fabri*».

Estoy a disposición del pequeño Ministro de Hacienda, que demuestra ya tantas buenas cualidades.

Sí, es verdad; los niños en Italia ahorran. Los maestros de escuela tienen unas hojas especiales, impresas, en las cuales hay veinte cuadritos; los niños piden a la mamá, al papá, al abuelo, al tío, uno, dos, tres, cuatro centavos; compran sellos postales de a cinco y los pegan en los cuadritos. Cuando han pegado veinte sellos de a cinco, o diez de a diez, que hacen una lira, entregan la hoja al maestro, que va a cualquier oficina de correos, la deposita y recibe una libreta, en la cual se apuntan después las futuras imposiciones hechas en la misma forma. Este práctico sistema fué ideado para evitar pérdidas de tiempo a los empleados del correo, que habrían sido pocos para atender al público si los depósitos hubieran sido de pocos centavos.

No todas las madres se manifiestan entusiasmadas con los progresos de la economía doméstica, porque los chicos son a veces muy fastidiosos e insisten horas enteras, hasta que consiguen los centavos que desean para comprar sellos. Hay algunos que desearían llevar al maestro, todos los días, media docena de hojas llenas de sellos.

Entre los niños se empeña una lucha de emulación y todos los años las cajas postales de ahorro, ven aumentar los depósitos de los pequeños impacientes, que se habitúan a renunciar a lo superfluo y se resignan desde tan tierna edad, a ciertos sacrificios.

Otra forma de ahorro, la más antigua, por lo demás, pero que hoy se usa solamente en las fiestas de beneficencia, consiste en las alcancías, que los niños llevan triunfantes al... sacrificio.

Recuerdo la simpática fiesta que hace algún tiempo tuvo lugar en Villa Borghése, a beneficio de los niños tuberculosos. Todos los chicos ofrecieron sus alcancías: un martillazo y las monedas caían, sonoras, en un gran recipiente de cobre. Llamaron la atención las alcancías del príncipe heredero y de las princesitas Yolanda y Mafalda, adornadas con cintas tricolores y llenas de monedas de oro. ¡Un verdadero capitalito!

Pero la alcancía se usa también en Buenos Aires. No hay, pues, sino que recomendar su difusión, a fin de que los niños se habitúen al ahorro, renunciando a todas las cosas superfluas, a los juguetes demasiado caros, a los dulces que arruinan el estómago, a los vestidos lujosos.

Se preparan tiempos difíciles para los chicos y para los grandes; es tiempo ya que los niños de 5 a... 90 años, piensen desde ahora en lo que ocurrirá después de la guerra, cuando la humanidad, al salir de un baño de sangre, tenga que reconstituir en el más breve tiempo posible, con un esfuerzo inmenso, sus energías debilitadas o perdidas.

Por otra parte, el espíritu de ahorro inculcado a los niños desde la infancia, es una seguridad positiva de que la patria hallará en ellos excelentes y distinguidos ciudadanos.

RAFAEL SIMBOLI

(Caras y Caretas. Buenos Aires).

LIBRETA DE AHORRO POSTAL

(Modelo A.) REGISTRO S. Nº .... PAG. Nº ....

PROVINCIA DE .... OFICINA DE ....

CAJA DE AHORRO POSTAL

LIBRETA No. ....

ADVERTENCIA.—El recibo para los reembolsos pedidos a las oficinas que no sean las emisoras de las libretas, deben ser enviados con las cédulas rojas que se hallan unidas a cada libreta.

Toda libreta puede alcanzar mediante uno o dos depósitos un crédito hasta de L 4,000, además de los intereses capitalizados.

En la libreta emitida por cuenta de italianos residentes en el extranjero, el crédito puede llegar a L 10,000 productoras de interés. En todo caso, si se consintiere el depósito de una suma mayor, el exceso de las L 4,000 ó 10,000 según el caso, no producen interés alguno.

(Siguen otras observaciones).

ESPACIO PARA LA TARJETA NUMERADA

Sólo en el caso de que la libreta sea expedida por el Ministerio para la inscripción de los intereses de una oficina que no sea emisora de la libreta misma.

ADMINISTRACION POSTAL Y TELEGRAFICA

CAJA DE AHORROS POSTAL

Fecha ....

TARJETA

Para el depósito de una lira mediante sellos de correo de 5 y 10 céntimos aceptable en cualquier oficina postal.

(Véanse las observaciones al reverso).

Sello de la Oficina que retira el presente y lo convierte en un depósito.

SELLO	SELLO	SELLO	SELLO	SELLO	SELLO	SELLO	SELLO
SELLO	SELLO	SELLO	SELLO	SELLO	SELLO	SELLO	SELLO

Nombre y apellido de la persona que hace el depósito.
Número de libreta en que esté inscrito. (..............................)

Lectura para los maestros

SIGNIFICACION DE LA ESCUELA MODERNA DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL DESENVOLVIMIENTO GENERAL DEL NIÑO

Versión de la reciente obra (1920), *La Science de L'Education*, de M. Demoor, profesor de la Facultad de Medicina, y Jonckheere, Director de la Escuela Normal, ambas de Bruselas.—Con gusto enviaré este importantísimo libro a los maestros que lo soliciten. El ejemplar cuesta 20 francos con trasporte.—J. R. URIARTE, Amberes.

El ser que nace—planta, animal, niño—se halla dominado por la herencia. La potencial que aporta con su advenimiento al mundo, es definitiva: rige toda su vida y la de sus descendientes.

El educador debe tener presente esto, máxime cuando explora a un niño para determinar el régimen a que ha de someterlo.

Si es cierto que el maestro, en la escuela, no puede modificar la herencia trasmitida a sus alumnos, muy bien puede, por la influencia social que ejerce, hacer que los padres futuros, instruidos en lo que a la herencia concierne, tengan concepto de la ley de la continuidad orgánica.

Las sociedades, por la colaboración de todos, se hacen cada día más conscientes de los peligros del alcoholismo y la sífilis. Se dan cuenta de las consecuencias funestas entre los matrimonios consanguíneos. Conocen las numerosas calamidades que pesan sobre los hijos de padres muy jóvenes, muy viejos o muy débiles o extenuados. Comprenden cuán infeliz es la progenitura de los epilépticos o degenerados profundos. Sólo así, se verá disminuir el número, actualmente grande, de niños traídos al mundo, víctimas de un pasado maculado, condenados fatalmente al dolor y a la miseria.

El niño que nace, por otra parte, se halla fuertemente influído por el medio que le rodea. Se ha demostrado ya que existen relaciones muy estrechas entre el bienestar de las familias y la talla y el peso medio de los niños.

Que la familia obra como el medio ambiente sobre el niño, nadie lo duda. En efecto, la familia sintetiza múltiples y diversos determinantes: nutrición de la primera edad; alimentación (cualitativa y cuantitativa) durante el término de su desenvolvimiento; aire, luz y limpieza, durante todos los años de su desarrollo orgánico; sueño y reposo en condiciones higiénicas, actividad física, libre e impuesta; posibilidades de infección o de contagio mórbido; educación intelectual; educación moral y cívica.

¿Debe el educador ignorar estos múltiples factores?

Evidentemente que no, puesto que el niño es parcialmente producto del medio en que vive.

El maestro debe, pues, preocuparse de los progresos de la sociedad en la cual actúa. Las leyes y las obras relativas a la protección de menores y a la alimentación de niños de corta edad, son de un interés pedagógico primordial. Los esfuerzos realizados para sanear las ciudades y los campos, para proporcionar habitaciones convenientes a los obreros, para reglar los placeres sociales, para establecer plazas de juego, para mejorar la vida intelectual y moral de las masas, son de una influencia educadora poderosa.

Es de anhelarse que el maestro colabore efectivamente en esa obra de solidaridad y progreso.

La escuela, orientada de esta manera, es un vigoroso medio modificador de la herencia. Pero como las propiedades de un ser forman un todo complejo, la escuela para llenar su fin, es decir, para llevar al niño hacia la vida plena, íntegra, debe guiarle hacia todos estos puntos de vista. Por esto, debe extender el radio de sus actividades.

La escuela contemporánea se preocupa de la alimentación del niño y sus vestidos, de su limpieza, etc., etc. Cuida de su salud, estableciendo la enseñanza al aire libre, generalizando los servicios de inspección médico-pedagógica y la asistencia a los enfermos, etc. Se interesa por sus goces, organizando sus juegos, paseos, excursiones, etc. Persigue el mejoramiento, la educación social, fomentando el ahorro y la mutualidad, etc.

En tanto que ciertos maestros critican esta extensión de la escuela, nosotros la admiramos. Pensamos, en efecto, que la escuela ejerce influencia, tanto por su ambiente, como por los métodos pedagógicos propiamente dichos. Y aplaudimos su participación en actividades extra-escolares, porque influye de ese modo sobre la sociedad.

Que el maestro no proteste cuando todas estas preocupaciones de orden diverso se le impongan a su ministerio y lo compliquen. Más, debe saber que no es un enseñador, sino un forjador de hombres. Su misión educadora es altamente importante. Que el tamaño y trascendencia de su labor, exciten su entusiasmo. Que lo sienta intensamente, y, con júbilo y eficacia, elaborará el medio social completo que debe ser la escuela moderna, vanistoriamente llamada «escuela de la vida».

Por las excitaciones funcionales apropiadas que encuentre en la gimnasia física, el ejercicio de los sentidos, el trabajo intelectual, la actividad moral, el educador orientará las fuerzas evolutivas de sus discípulos. Las estructuras y las funciones adquiridas, serán los mejores medios. Y las actividades se desenvolverán produciendo resultados inmediatos, y resistiendo las unas a las otras, provocarán resonancias fisiológicas, necesarias al desarrollo progresivo y general del individuo.

¿Qué es Patria?

(A mi segundo hijo).

¡Qué es Patria! ¿Sabes acaso
lo que preguntas, mi amor?
Todo un mundo se despierta
en mi espíritu a esa voz.
Todo un mundo de recuerdos
que han dejado en mi interior
esperanzas que no mueren
en la fe del corazón.
¿Qué es Patria? De tu inocencia
al purísimo candor,
para hablarle de la Patria
no halla el labio una expresión.
En mis ojos arder siento
de una lágrima el calor,
meditando lo que ansías
avanzar a tu razón.
Que tan sólo tres Abriles
a tu frente dan su albor,
y te mueve ya ese nombre
a curiosa indagación:
ese nombre, que mis cantos
en el céfiro veloz
suspirando siempre llevan
con los ecos de mi amor.
Mas es fuerza que te diga
de la Patria alguna voz;
que te diga cuanto en ella
tu niñez cautiva hoy.
Este hogar donde inocente,
de tus padres al calor,
juegas tú con tus hermanos
en gozosa animación;
esos campos donde ufano
del insecto vas en pos,
donde charlas y sonríes
con el pájaro y la flor;
esas nubes de oro y grana,
de bellísimo color,
que tu júbilo alborozan
cuando el alba anuncia el sol;
esos astros que arrebatan
tu infantil admiración;
ese mar que te amedrenta
con su acento aterrador,
son halagos y rumores
y reflejos, alma y voz
de esa Patria, cuya idea
se anticipa a tu razón.
Y más tarde serán ellos,
que tu vida llenan hoy,
los recuerdos inefables
de la Patria y de su amor.

SALOMÉ UREÑA DE HENRÍQUEZ

1887.

A las seis de la tarde

(En Setiembre, mes de la Libertad).

Tu última carta me deja honda tristeza clavada en el alma, como una espina: «Hoy he salido a lo largo del Hudson. Esta tarde ha debido ser muy bella, pero aquí es muy difícil conocer la belleza de una tarde.

«De lejos he mirado la Estatua de la Libertad; han dicho que no podemos visitarla; cierran la entrada a las cinco y han dado ya las seis. Me conformo con mirarla de lejos».

***

¿Con que te conformas con mirarla de lejos, medio envuelta en el misterio de una tarde «*que ha debido ser muy bella?*»

¿Y te quedarás sin ir a peregrinar al través de sus ascensores y de sus tortuosas escalerillas?

Y, sin embargo, esa mujer insípida, enorme, descomunal, es una invitación constante.

Ejerce cierta atracción magnética para el viajero, que se dice: hay que entrar a la Libertad a todo trance.

Como si encerrarse en aquella cárcel de acero fuera la única manera de sentirse libre.

***

Encaramada sobre el islote de Bedloe, alzada trescientos pies sobre las aguas de la bahía, parece que fuera un discurso de la Revolución Francesa cristalizado.

—Aquí estoy yo, dice aquella mujer enorme, yo soy la Libertad. Este es mi reino. He venido a alumbraros el camino con esta enorme tea; subid a lo largo de este río y encontraréis el pueblo de la Libertad.

Yo vine aquí desde 1866, en que las fraguas de Francia me dieron el encargo de iluminar al mundo, como un sol.

Eiffel, el arquitecto monstruoso, ideó mi esqueleto; yo soy hermana de la Torre de París; sólo nuestro padre era capaz de idear estas monstruosas osamentas antidiluvianas.

Somos hijas de otras épocas y de otros planetas.

San Carlos Borromeo nunca podrá ser tan grande como yo. San Carlos Borromeo está bendiciendo a Arona; yo no sé bendecir, pero sé iluminar. Para bendecir le basta su pedestal de cuarenta pies y sus sesenta y seis de talla; para iluminar, eso sería ridículo.

La cara del Santo sólo tiene siete pies y medio. Cerano, su padre, nunca fué como Eiffel, mi padre.

***

Bartholdi me vistió los huesos y he sido mujer.

Quizá Bartholdi ha querido que la Libertad tuviese por fuera todas las falacias de la mujer y por dentro todos los horrores del monstruo.

Atractiva y engañosa por fuera, formidable y espantosa por dentro.

Soy un amontonamiento de planchas de cobre superpuestas, pero tengo un alma de acero.

Todo esto es simbólico. Yo soy la Libertad y soy dura, rígida, inflexible, feroz. La Libertad no sabe acariciar, es formidable y aplasta.

Este brazo mío tiene cuarenta y dos pies de largo. Eso sólo indica que es una amenaza suspendida.

Esta boca mía está abierta tres pies para gritar a los viajeros una palabra sonora: Libertad.

Pero he aquí que en el momento de gritarla, mis labios se paralizan, la boca enmudece y de ese enorme grito sólo queda el gesto.

Esta cabeza mía es una enorme cabeza. Puede encerrar cuarenta hombres.

Diez pies separan mi oreja izquierda de mi oreja derecha y diez y siete separan la barba del cráneo.

Pero toda esta enorme cabeza está vacía como si todos mis pensamientos hubieran de ser vacío, soledad, silencio.

Por eso nadie sabe, cómo pienso; ahí está mi virtud. En mi nombre todo horror y toda tiranía puede apoyarse.

Mi pensar no es mío, es de los cuarenta viajeros que se albergan en mi cabeza. Por eso satisfago a todos y todos me elogian.

¿Qué me importa pensar? Es más bien una carga que me he quitado de encima.

***

Yo os alumbro, sin embargo, el camino con la tea de mi brazo, pero en la otra mano aprieto el Libro de las Leyes.

Por eso os digo: «Hombres: sois enteramente libres, pero es preciso que os acomodéis entre las tapas de este Libro. Vuestra ley es ésta, yo os llevaré de la mano a través de vuestra Libertad. Cuidado os asomáis un punto fuera de la reja de estas letras, porque entonces conoceréis el poder de mi brazo que tiene cuarenta y dos pies de largo».

¿Queréis saber de estas leyes?

¿Conocéis a Woodrow Wilson? Es un Profesor de la Universidad de Princeton que ha llegado a Presidente de la República.

Pues bien, acaba de publicar un libro que se llama: «La Nueva Libertad».

Allí, en la portada estoy yo litografiada. El os lo ha dicho al prologar: «La Nueva Libertad es sencillamente la antigua que vuelve a vivir».

Pero ¿por qué lo dice el Profesor de Princeton? ¿Sospecha que he estado muerta? ¿Cree que no he vivido siempre?

Oíd a este hombre:

«La Industria norteamericana no es libre, y hubo un día que lo fué. Las empresas norteamericanas no son libres. El hombre que sólo tiene un pequeño capital, se encuentra con que le es dificilísimo ocupar el campo.

»Cada vez es más imposible para él competir con sus poderosos compañeros.

»¿Por qué motivos? Porque las leyes de este país no impiden que el fuerte aplaste al débil. Esa es la razón.

»Porque el fuerte ha aplastado al débil, el fuerte domina en la industria y en la vida económica de este país».

Pues ya lo habéis oído. ¿Sois fuertes, ricos, poderosos, os habéis reunido en ricos trusts? Vosotros sois libres.

¿Sois minero, mecánico, obrero, labriego? Vosotros sois siempre parias, sabed que mi brazo tiene cuarenta y dos pies de largo y está alzado en alto.

Esta ciudad que yo protejo ha sido llamada «La Ciudad del Demonio Amarillo».

Una vez el amargo Gorki ha dicho que: «Todo el hierro, las piedras, la madera, todo parece cargado de protestas contra esta vida sin sol, sin cantos, sin alegría, esclava de un oprimente batallar».

Gorki no sabe lo que dice. Mi pueblo lo ha silbado.

Desde aquí, de este mirador se ven los hombres como hormigas, se codean a lo largo de las calles, se estrujan, se arremolinan, se despedazan.

Por esas calles va rodando toda intriga, todo crimen, todo asco. La mujer vende el tesoro de su carne, el hombre vende el tesoro de su nombre. El chiquillo corre sobre la nieve, con los pies descalzos, vendiendo fósforos o voceando el periódico, con una voz desfallecida que ya no quiere escaparse del pulmón. La chiquilla, se mete, como lagartija, entre el basurero buscando trapos viejos.

El banquero hace números y números, el apache lo espera en la encrucijada, afilando el puñal. El tendero amontona y amontona monedas y el ladrón alista la llave falsa o el soplete oxídrico.

¡He aquí el pueblo de la Libertad! Encerrados entre las paredes, envueltos en la pesada atmósfera preñada de humo, de ácido carbónico, de gritos, de ruido, de blasfemia, de odio, pasan los hombres como sombras fatídicas.

Todos se estrujan para agarrarse a su migaja de sol y a su migaja de aire y a su migaja de esperanza.

Este es el pueblo mío. ¡Yo soy la Libertad!

***

Al margen de tu carta he escrito: «Todos llegamos como tú, a las seis de la tarde; es preciso, como tú, conformarnos con mirarla de lejos, en una tarde *«que ha debido ser muy bella»*.

LUIS DOBLES SEGREDA.

LA REACCION Y LOS SABIOS

El artículo que sigue ha sido escrito expresamente para ESPAÑA por el profesor G. F. Nicolai; no hemos de insistir sobre la personalidad de su autor, pues Nicolai no es un desconocido para nuestros lectores. Durante la guerra referimos su valiente y digna actitud, todo nobleza, frente a la vesanía patriótica que aprobaba cualquier crimen y violencia. Nicolai es un buen alemán, pero un europeo de corazón. No cesaron con la paz las persecuciones contra el hombre que durante la guerra hubo de expatriarse para huir del acoso de sus enemigos. Ya referimos cómo los profesores de la Universidad de Berlín declararon a Nicolai indigno de la cátedra. Con mejor sentido, y en homenaje a la justicia, el Ministro de Instrucción Pública de Prusia acaba de revocar tan absurda excomunión dictada por el fanatismo pangermanista.

Es verdad corriente que la ciencia es la única base sólida del progreso humano. Por eso asombra ver a sus representantes en falange cerrada al lado de la reacción.

Hay que reconocer que nunca, desde que los hombres hacen ciencia, se ha visto a las vanguardias de las luchas del espíritu tan entusiastas de la eficacia de la fuerza bruta. Jamás los investigadores de la verdad han apoyado con tan pocos escrúpulos, y con todos los medios de la mentira (es decir, con medios específicamente anticientíficos), la política de fuerza, de los «dominados», ya que ellos mismos son incapaces de una intervención activa.

No hay que tomar en serio el desdichado manifiesto de los noventa y tres profesores alemanes, pues cuando el Capitolio está amenazado gritan los asustados gansos. Apelando a la «psicosis guerrera», puede disculparse el quinquenio de antiespiritualidad de nuestros hombres de espíritu científico, que ponían un sentimiento de pretendido patriotismo sobre su deber jurado de ser investigadores y anunciadores de la verdad. El redoblar de los tambores espanta a las musas, y, sobre todo, al Apolo rey, el dios de la verdad, clara como el sol. Pero los profesores no podían callar, y, en vez de la verdad, que estaba prohibida, decían mentiras. El silencio hubiera sido humanamente comprensible.

Pero vinieron el armisticio y la paz. Ya no era peligro decir la verdad; pero no se dijo en las Universidades, y el informe sobre la autopsia de Liebknecht pudo muy bien haberse escrito, del mismo modo, durante la guerra. Pudo comprobarse que las características que la guerra ha evidenciado en los profesores son esenciales en ellos. La guerra fué sólo la ocasión de que se manifestaran.

La ciencia puede acaso ser progresión; pero no cabe duda de que el científico no es partidario del progreso. Crea el científico las condiciones, basándose en las cuales avanzan otros hombres de sanos y prácticos instintos; pero el progresar no es asunto suyo, pues conoce mejor los límites de su saber que el profano, que generaliza los principios a la ligera, y se decide difícilmente a trasmutarlos en realidad. Su espíritu escolarizado es ajeno al fanatismo del creyente que quiere llenar con esperanzas que él cree seguras las lagunas del saber. El científico puro y veraz encuentra en la práctica obstáculos difíciles de vencer, porque, según las implacables leyes de la lógica, todo lo que al futuro se refiere sólo puede ser en último término hipótesis. En circunstancias más simples, por ejemplo, en Astronomía, es la probabilidad casi seguridad, y aunque no pueda yo demostrar nunca que mañana saldrá el sol, como sucede desde hace cientos de miles de años, puedo, sin embargo, considerar como seguro este acontecimiento.

Pero especialmente allí donde la voluntad humana entra en juego, es tanta la complicación, y por esto lo futuro tan incierto, que el científico apenas se atreve a dar el salto de la obscuridad de la teoría a la completa tiniebla del futuro.

El científico conoce que todas las cosas tienen dos aspectos, y que la más hermosa, y al parecer más segura, esperanza puede en la realidad afearse. Por lo cual se mantiene escéptico frente a todas las novedades, y es por su naturaleza conservador. Y por consecuencia, no tiene el científico fe en sus convicciones.

La Historia cita muchos hombres que pusieron toda su personalidad al servicio de su convicción, incluso la propia vida; pero entre ellos no hay ni un científico. Sócrates, el filósofo, bebió consciente la cicuta; pero Arquímedes murió por una casualidad fútil. Y en aquellos casos en que hombres que representan un papel en la ciencia mueren por su convicción, como el italiano Giordano Bruno o el español Miguel Servet, nótese que salieron de un claustro, es decir, de

una escuela donde no se aprende ciencia pura, sino fe en la convicción personal.

Los científicos obran de otro modo. Galileo fundó una nueva concepción del mundo; pero renegó de ella sonriente. La teoría de Darwin ha dado a todas las modernas teorías, ante todo a las religiones, la más fuerte lanzada; pero Darwin siguió dentro de la Iglesia que él mismo hirió de muerte. No; la ciencia, aun en su más pura y elevada forma, da sólo a la humanidad las armas para la lucha y para el progreso, sin preocuparse de cómo se aprovecharán estos medios. Nobel nos dió un arma: la dinamita, que sirve a la cultura en tanto que en la profundidad de las minas abre nuevas fuentes de energía, pero que, encerrada en granadas y torpedos, sirve para destruir esa misma cultura. La misma filosofía de Hegel, que en manos de su fundador fué apoyo del militarismo prusiano, se convirtió, en manos de su discípulo Marx, en la más poderosa arma de la revolución socialista.

Pero Marx no es para los cofrades profesorales propiamente un científico, y, en cierto sentido, tienen razón. Pues quien se ocupa con el futuro puede equivocarse, y sólo quien permanece pegado al presente no yerra acaso jamás...

Así educa la ciencia a tener una concepción conservadora del mundo, sin desdeñar una alianza con el optimismo cobarde, pues, al punto que la «fantasmagoría del profano» se ha convertido en realidad, se convierte en objeto digno de que la ciencia lo defienda. Así, por ejemplo, mientras que nuestra joven República alemana parecía representar una fuerza, no había voz de profesor que se alzase por la Monarquía vencida. La «científica guardia de *corps* de los Hohenzollern» sólo recobró el uso de la palabra cuando se dió cuenta de tener detrás de ella la compacta mayoría. Gentes que hoy me injurian a causa de mi actitud durante la guerra, me propusieron entonces, reconociendo la realidad de las circunstancias, para ser nombrado profesor supernumerario.

Si el profesor ideal no es, por lo común, y sólo por excepción, lo que según su nombre debiera ser, es decir, un confesor, hay que tener también en cuenta que no es lo mismo la ciencia que el científico. Los hombres que profesan la ciencia están también presos en las redes de las pequeñas miserias humanas, y no se distinguen de la masa de sus hermanos no científicos, que con toda paz y tranquilidad trabajan, ganan dinero y desean vivir cómodamente.

Cuando los sabios de Europa, antes de las revoluciones de marzo de 1848, carecían de todas estas cosas, y, mal pagados, vivían en un estado en el cual sólo valían la nobleza, los dignatarios y los militares, eran, como hoy el proletariado, revolucionarios y progresistas, porque veían que el derrocamiento de los antiguos poderes sólo ventajas podía traerles. Pero he aquí que ya hace cuarenta años que están sentados a la áurea mesa del banquete de la vida, y que el Estado les proporciona oro, dignidades y honores; la industria les da oro, plazas de consejeros, y los magnates del carbón les levantan magníficos laboratorios; así es que el más pequeño profesor ordinario de la más pequeña Universidad se cree, no sin faltarle del todo razón, un gran rey. Están ahitos, y el principio: «Alto, cuando ya se ha hecho la carrera», rige, no sólo para los individuos, sino para toda la clase de ellos. Saben muy bien, o instintivamente lo sienten, que cualquier nuevo rumbo no mejorará su situación. ¿Qué tiene, pues, de extraño si han de alabar al que les da el pan, que sólo unos cuantos idealistas—más raros en las academias que en otras partes, por los motivos indicados—luchen por el bien mismo? Toda una clase no se compromete a eso, y como el postillón odiaba a los ferrocarriles, así odia el promedio de los profesores toda reforma social.

El espíritu de la verdad ha transformado sólo a pocos hasta el punto de hacerles obrar en contra de sus intereses personales. Estos pocos no son, precisamente por haber abarcado la ciencia como totalidad, especialistas, por lo cual, debido a la exageración de hoy día por la puramente mecánica especialización, no es tarea difícil para los científicos oficiales la de desacreditar a estos inadaptados, tachándolos de poco científicos. Hacen esto como principio, lo mismo en los casos en que estos investigadores extrauniversitarios lleguen a sus resultados perfectos técnicocientíficos. *La leyenda de Lessing*, de Mehring, por ejemplo, es, en forma y contenido, una obra perfecta; trata la época a que se refiere desde amplios puntos de vista, y trabaja las fuentes con cuidadosa escrupulosidad. Es un libro clásico en la literatura universal, y, sin embargo, hasta ahora no ha sido ni siquiera citado una vez por ningún representante oficial de la ciencia histórica. Contra este boicot oficial no hay genio que se salve (menos aún en las ciencias del espíritu, donde los resultados no son tan evidentes como en las exactas físiconaturales), pues la gran masa culta pone su debido respeto por la ciencia en las personas de sus representantes oficiales, y cuando el señor consejero secreto Eduard Meyer dice que un libro es malo, no hay remedio, y es malo.

No hay que tomar a mal a los científicos el que sean hombres esclavos sometidos a las flaquezas humanas. Pero sí puede echárseles en cara el que utilicen conscientemente la ciencia, que por su naturaleza significa verdad, para la mentira. Así han hecho durante la guerra, lo siguen haciendo hoy, sin sentir siquiera vergüenza. Cuando, por ejemplo, el actual rector de la Universidad de Berlín, el historiador Eduard Meyer, ensalzado hasta los cielos por los pangermanistas, el que incita a sus estudiantes nacionalistas al *sabotage* de los cursos de aquellos profesores no gratos, el que quisiera expulsar de las Universidades a los extranjeros, soporta con envidiable tranquilidad los cargos de falsario y calumniador, es ya cosa mala. Pero aún es peor ver cómo sus compañeros, los estudiantes y la opinión pública no toman a mal estas mentiras, sino que las disculpan como un medio lícito en la lucha política. Todo lo cual es una señal sospechosa de decadencia moral y científica.

No por ser los científicos reaccionarios hay que criticarles, sino por mal usar, convirtiéndolo en instrumento de mentira, un instrumento de verdad, pues si tales prácticas se asientan, no podrá la ciencia ni siquiera ser lo que hasta aquí, es decir, cuando menos, un medio indirecto para el progreso de la humanidad.

G. F. Nicolai

LUNITA BLANCA

Lunita delgada y clara
que a verte con ella vas,
si por mí te preguntara,
lunita, ¿que le dirás?
Dile mi amor verdadero,
que bien lo sabrás cumplir.
Mas, todo lo que la quiero,
nunca lo podrás decir.
Lunita de la laguna,
donde rendida y cortés,
mi alma se deshoja en luna
para besarte los pies.
Para calmar sus rigores,
alumbra más dulce y bella,
lunita de mis amores,
tan parecida con ella.

Leopoldo Lugones

EL MONSTRUO DEL BASE-BALL

Themístocles en Nueva York

Por qué Nueva York, la ciudad imperial, no levantará estatuas a sus peloteros, como Roma la Cesárea, las erigía a sus aurigas y a sus gladiadores?... Así se plasmaría en el mármol y en el bronce, no sólo el entusiasmo unánime que aquí provoca ese deporte, sino también otras excelencias y virtudes que se le achacan.

En efecto, el base-ball parece representar el espíritu del pueblo americano y cultivar y desarrollar sus cualidades esenciales, mejor que las corridas de toros, por ejemplo, traslucen el alma y compendian el espíritu del pueblo español y de nosotros los hispánicos.

De otros deportes de otros pueblos no hay que hablar, pues han perdido su función representativa y son cuando menos anacrónicos. Las carreras de caballos, deporte del pueblo inglés, fueron instituidas para desarrollar la energía y la velocidad en los caballos destinados al servicio de postas y hoy se va a los hipódromos en automóvil y en la locomotora... ¿No es esto redundante? La esgrima, viril deporte francés, fué el arte, por excelencia, de la caballerosidad; pero ¿dónde encontrar caballerosidad en la guerra moderna, a base de competencias mercantiles? Y ¿qué sería de Artagnan cegado por los gases asfixiantes, o del penacho de Cyrano chamuscado por fuegos de aeroplano?

En cambio perduran las virtudes menos heroicas, pero más sólidas, del popular base-ball; cultivo del vigor individual en armónico desarrollo; de las decisiones rápidas; de la agilidad y la audacia; del espíritu de asociación, en fin, que tanta falta nos hace a los latinos del continente... Porque maravilla pensar cómo ese espíritu de asociación tan desarrollado entre los sajones, logrado entre los latinoamericanos, modificaría su política y haría cosa real de sus metafísicas democracias... Desde luego, las minorías militaristas no podrían ya dominar a las masas enormes de los pueblos, a las que acontece lo propio que Anatole France observó respecto de los chinos, muy fuertes potencialmente, pero muy débiles en realidad, porque ellos mismos no saben cuántos son...

Tienen pues razón los americanos al estar orgullosos de su viril juego, verdadera almáciga de enérgicas virtudes, y en gozarlo con un entusiasmo que en estos momentos alcanza un climax delirante.

Pienso en todo esto desde un palco del Brush Stadium, popularmente llamado «Polo Grounds», momentos antes de que comience el juego entre dos formidables novenas de la Liga Americana: los «Yanks» de Nueva York y los «Tigres» de Detroit, con el atractivo especial de que figurarán de un lado el estupendo, el monstruoso «Babe Ruth» (un niño que pesa 120 kilos) y del otro el sagaz, infalible y rapidísimo Ty Cobb... Como quien dijera Gaona y Joselito *apretando* en una misma corrida...!

Entretanto el enorme estadio con capacidad para cuarenta mil personas, va llenándose con multitudes que acarrean los trenes elevados, los «sub ways», los ómnibus... Los dos tendidos superpuestos del gran hemiciclo están ya casi llenos, colmados por un gentío que de lejos hace el efecto de uno de esos ajedrezados, a blanco y negro, tan de moda hoy en la escenografía teatral y en la decoración de interiores. Sólo, aquí y allá resalta el verde azul o el carmín de anilina de un traje mujeril. A los «bleachers» o tendidos de sol acude ahora la multitud rezagada, tan bulliciosa como la de las plazas de toros y a cuyo fondo se levanta el colosal tablero del «score» oficial.

Sobre el diamante de aliñada grama, que por tersa semeja el paño de una mesa de billar, están ya las novenas comenzando la práctica de campo que precede al juego formal. El público apostrofa o aclama a los jugadores favoritos, tan poco sensibles a la popularidad que ni siquiera se dan por aludidos. Mientras los Yanks «batean» desde el home, los Tigres divididos en dos bandos afrontados, se tiran la pelota con alternada precisión que resulta rítmica y que da a aquellos atletas cierto aire de grandeza antigua en medio de una atmósfera de circo romano. Adivínanse en los gallardos jugadores, musculaturas dignas del clásico «Discóbolo» o del atleta del Estrigilo.

De pronto, una salva de aplausos rompe en un palco y se prolonga por todo el hemiciclo mientras que los concurrentes al tendido de sol vociferan y se agitan delirantes... ¿Qué pasa?... Es que el héroe epónimo, «Babe Ruth» entra al campo... Todas las miradas convergen hacia el lugar por donde pesadamente, con marcha y oscilación elefantinas, avanza el jugador prodigioso. Su altura es descomunal, su torso desmesurado; de las espaldas hercúleas, de los recios hombros arranca la cabeza como un mero accidente, sin cuello, soldada al resto del cuerpo como las de los coleópteros. El héroe no parece darse cuenta de las ovaciones que provoca, del frenesí que su sola aparición determina entre aquella multitud de 40,000 admiradores. Babe Ruth no sucumbirá al vértigo de las alturas, decididamente, ni necesita del esclavo que a la zaga de los triunfantes Césares romanos, les recordaba su esencia mortal... Babe Ruth llega a los cuarteles de su «team», impávido, escoge un bat para su próximo turno; lo examina, lo blande y aun creo que lo hace girar entre los dedos... Poco después se presenta Ty Cobb, pero la ovación que lo saluda, aunque ruidosa, resulta tibia junto a la que provocara el campeón de los Yanks.

A las 2.30, hora reglamentaria, comienza el juego... Haré a los lectores gracia de sus pormenores. El juego, aunque rapidísimo, relampagueante, nervioso, es un juego como todos, que no se sublima sino cuando Babe Ruth va al bat, o cuando Ty Cobb desde el centro del «out field», hace gala de su ojo y de su ligereza cogiendo un vertiginoso «fly».

Ahora Babe Ruth está en el bat. Aquellos 40,000 espectadores no han ido al estadio, pagando altos precios, sacrificando el descanso dominical, resistiendo el sol del tórrido verano, sino para ver a Babe Ruth hacer un home run; de manera que en aquellos momentos en que posiblemente el prodigio va a operarse, la expectación es casi angustiosa. En el silencio se oye distintamente el choque de la pelota amortiguado en la manopla del catcher... ¿Habrá home run o preferirá la artería del pitcher contrario, dar la primera base a Ruth por tal de no dejarlo consumar su hazaña...?

Allí está el atleta apercibido, encorvado, semejante a un búfalo que va a embestir, con el omnipotente bat oscilando como la trompa de un elefante, y de pronto, rápido como un meteoro, fulgurante como el rayo, cautivador como el milagro, el esperado fenómeno se opera...

La pelota del artero pitcher es por fin cogida por el bat de Ruth como por una catapulta. Se oye un ¡Aah! unánime que resuelve en pasmo y en asombro la expectación angustiosa de muchos minutos y las miradas de ochenta millares de ojos se dirigen a la altura... La pelota, al principio invisible, recorta al fin su blancura sobre el azul del cielo. En la perspectiva su vuelo parece un «sky», una ascensión vertical, hacia el zenit, pero al fin se le ve engendrar la asombrosa parábola y rauda y voladora aún, perderse sobre el techo de los tendidos superiores... Entonces, entre los clamores de la multitud, Babe Ruth suelta el basto y comienza a realizar esa función superlativa y pasmosa para la que vino a este mundo sublunar y por la que irá al mundo de los inmortales... Con un trote conmovedor de joven elefante que va a un fresco remanso del Ganges, a bañarse, tras las fatigas y los ardores de una cacería real, así corre Babe Ruth de base en base...

Todos los ritmos del triunfo y de la victoria se suman a su impulso incontrastable de paquidermo sagrado y arrollador... Por un minuto creo que la grana del «diamante» es un picadillo de laureles délficos, que las alas perdidas de la Victoria de Samotracia van a retoñar sobre el dorso elefantino del héroe y que los férreos andamiajes del ferrocarril elevado, no son tal, sino el cordaje de la lira del gran Tirteo que va a surgir para cantar al vencedor. Babe Ruth ha hecho un home run y yo lo he visto... Tengo ese orgullo que es muy legítimo y muy mío!

¿Pero, después de todo, el home run no es acaso un gran símbolo? La humanidad puede dividirse en dos clases, los que hacen en la vida home run y los que por no hacerlo están «out»... Remy de Gourmont lo dice en sus flamantes «Cartas de un Sátiro»: «hay sobre la Tierra dos razas que se crean y vuelven a crearse sin cesar, la raza sometida al destino y la que lo domina...

***

Ya de regreso en casa, leo en la prensa comentarios dignos del espectáculo que me fué dado presenciar. Hay de todo, filosofías y ditirambos. El mayor Wilson de Bridgeport declara que «el base-ball es el principal factor de americanización para la horda de trabajadores extranjeros que ha hecho a esa ciudad crecer como los hongos»; y agrega: «cuando un extranjero comienza a aficionarse a nuestro juego, ya no tenemos que preocuparnos por él».

Suave imperialismo, comento, preferible sin duda a los que Roosevelt practicaba...

Otro periódico llama a Ty Cobb «Tyrus el que como Mercurio tiene los pies alados»... (Cuidado, lector, no al referir esto a tu amigo vayas a decir que Ty Cobb tiene los pies salados...)

Otra revista compara a Babe Ruth con... Themístocles... Sí, con el mismo que salvó a Grecia de la tiranía persa, y concluye:

«Porque ambos en la Grecia antigua y en la moderna América, han ocupado un lugar único en el deporte atlético».

No me resigno, pues, por todo lo referido, a que Babe Ruth no tenga en Nueva York una estatua, como en Grecia y Roma los gladiadores de la antigüedad clásica.

¡Qué bien te verías, oh Babe Ruth-Themístocles, fundido en bronce, en un prado de ese hermoso paseo que se llama Riverside Drive!

Al caer la tarde, allá en las lejanías de Palisades, al ponerse el sol frente a tu estatua, parecería una enorme pelota despedida por tu basto de titán, y tú, ya de noche, ante las estrellas congregadas para admirarte, harías un «home run» sideral y definitiva en torno del Zodiaco de la gloria...!

José Juan Tablada

(*Excelsior*. México).

Balbuceo

Triste está la casa nuestra,
triste, desde que te has ido.
Todavía queda un poco
de tu calor en el nido.

Yo también estoy un poco
triste, desde que te has ido:
pero sé que alguna tarde
llegarás de nuevo al nido.

¡Si supieras cuánto, cuánto
la casa y yo te queremos!
Algún día, cuando vuelvas,
verás cuánto te queremos.

Nunca podría decirte
todo lo que te queremos:
es como un montón de estrellas
todo lo que te queremos.

Si tú no volvieras nunca,
más vale que yo me muera...
pero siento que no quieres,
no quieres que yo me muera.

Bien querida que te fuistes,
¿no es cierto que volverás?
para que no estemos tristes,
¿no es cierto que volverás?

Enrique Banchs

LOS PERIODISTAS QUEZALTECOS VISITAN A ESTRADA CABRERA

IMPRESIONES DE LA CARCEL

Somos—dijímosle—la Juventud que le atacó a Ud. sin embozo y sin miedo, con el soberbio desdén a su poder que un día fuera absoluto, a su poder que nos hubiera hecho trizas al sernos contraria la suerte...

Y uno de nosotros le repite con tranquila convicción:

—Porque hubiéramos perecido sin remedio, don Manuel.

El viejo déspota permanece inmutable. Nos escucha atentamente y, en el momento que le parece conveniente, interrumpe al que habla:

—Ustedes, que son jóvenes y periodistas, deben ser la palanca de la verdad y la justicia en Guatemala.

Nos espera un caluroso panegírico sobre las virtudes juveniles. Sí, él lo sabe, nosotros atacamos su régimen político llevados por el ideal, eso es, por el ideal....... Y a propósito de no sé qué frase suya, que se le antoja sin duda feliz, el déspota ríe, ríe en falsete, con cierto eco cavernoso, catarral y sardónico ¿Sentirá aún caído el acre placer de la ironía interior? ¡Quién sabe! Pero aquella risa a la sordina, que a veces suena casi amistosa, nos hace daño.

Le interrumpo:

—Si usted tiene tan alto concepto de la Juventud, ¿por qué no se rodeó de ese elemento, sobre todo en los años próximos anteriores, cuando quizá podía detener usted el desprestigio de su gobierno, en vez de rodearse del elemento podrido?......

No me deja concluir. Se subleva. Aleja, con un ademán que rechaza algo en el aire, aquella pregunta indescreta y acusadora:

—No se puede hacer todo lo que se quiere, señor Ospina. No se puede hacer cuanto se desea. En política se habla mucho y se hace poco. Hay un refrán vulgar pero verdadero que dice: «no es lo mismo arrear que llevar la carga»......

Luego desvía la conversación.

—Yo tengo confianza en el fallo de la Historia. Hay un poder sobre todos los poderes y un juez sobre todos los jueces: a eso me atengo. Hice lo que pude: tendí ferrocarriles, que era mi sueño predilecto, llevé la instrucción pública, mala y todo, a las remotas regiones del país, estableciendo una escuela aunque fuese en un ranchito. Y no amé el Poder. (Asombro general).

Aventuro una observación:

—A usted, señor Estrada Cabrera, le han engañado o se ha Ud. engañado.... a sí mismo.

Entonces el caduco dictador se irrita contra sus antiguos amigos:

—Pueden ustedes creerlo como una verdad inconcusa, señores: no existe nada más amargo que la traición de quienes merecieron nuestra confianza... de quienes yo jamás creí tal cosa. Un día, no hace mucho, tomando chocolate en mi mesa con un individuo y teniendo a mi lado a un hijo pequeño, mandé a hacer una traducción y cuanda me la llevaron, señores, me dió un vuelco el corazón y comprendí que en aquel momento debía pegarme un tiro, porque todo había concluido para mí...

Respetamos la incógnita de tan oscuro como sensible acontecimiento y Velázquez le interrogó para concluir:

—¿Qué palabras suyas quiere Ud., don Manuel, que llevemos para Quezaltenango? ¿Qué desea Ud. para aquel pueblo?

—¿Qué puedo desear, señor? Muchas cosas, pero, ante todo, que no pierda nunca su habitual autonomía. Que no se derrame más sangre, que se evite la guerra civil, que...

Le aseguramos que debe dormir tranquilo, si puede, en su celda de la Segunda: el país está quieto; poseemos, a Dios gracias, un gobierno decente, progresista, que no quiere hacer política, sino administración. Y él, el antiguo capataz de la finca «República de Nicaragua», que nos dirigió a latigazos, ternos y puntapiés, asiente a lo dicho con tan grave cordialidad, como con aire tan beato.

Nos despedimos de Cabrera. Nos tiende la diestra, huesuda, la garra herodiana que acaba de soltar el látigo sangriento, y nos la tiende... ¡casi con afecto!

Salimos. Uno de nosotros resume la impresión: Es un comediante. ¡Y qué peligroso comediante, aún dentro de la bartolina de la Segunda! El, ahora tan discreto, tan cortés, tan poca cosa, es quien frustró, consumió, aherrojó y esterilizó, por innobles modos, nuestros mejores años, nuestros más nobles anhelos, nuestras más sagradas esperanzas, nuestras más humanas dignidades... Es su peor delito: asesinó a la Juventud, como a una loba con saña de indio cazador...

Por la calle unos chiquillos nos siguen, como a la salida de un espectáculo fabuloso. Les oímos decir:

—Esos son los quezaltecos que hablaron con la «fiera».

CARLOS WYLD OSPINA

UN EJEMPLO QUE SEGUIR

EL TEATRO BELLO EN MADRID

SE ha constituído en Madrid un grupo de escritores—*Idealidad*—con el fin de procurar la representación de algunas obras teatrales verdaderamente artísticas. Componen el grupo *Idealidad* Pío Baroja, José Ortega y Gasset, Juan R. Jiménez, Ramón Pérez de Ayala, Antonio Machado, Enrique Díez-Canedo, Eugenio D'Ors, Gabriel Alomar. Ninguno de los señores citados es autor dramático; era esto condición indispensable. ¿Por desdén hacia los autores dramáticos? No; porque el autor dramático—y más cuanto más aplaudido—tiene su canon, su norma, su técnica. La técnica del autor dramático mira al público, a la extensión y difusión del público, a su aplauso, a su aprobación, a su rendimiento. Un autor dramático verá siempre una obra desde el punto de vista de su «teatralidad»; considerará en ella si tiene tales o cuales «efectos», si está bien o mal «construída». Y aquí entran las divergencias entre el teatro bello—que es el que a la larga perdura—y el teatro de público—que es el effmero y pasajero—. Claro está que pueden darse las dos condiciones en una misma obra; pero ¡qué raro, qué excepcional es eso!

No hay autores dramáticos en el grupo. Los trabajos van adelantando; se han celebrado ya dos o tres reuniones. Se representarán—por ahora—ocho o diez obras. Cada uno de los señores citados dirigirá una representación; un editor publicará luego la serie de las obras representadas, con las indicaciones psicológicas (para los actores) o escenográficas que hayan hecho Baroja, Ortega y Gasset, Machado, *Xenius*, etc. Y ¿qué obras son las que se van a representar? ¿Qué actores son los que van a representarlas? Decir lo primero—dada la competencia de los juzgadores—es más fácil que encontrar lo segundo. El teatro griego no puede faltar en la elección; ahí está el gran Sófocles. Alomar ha votado por Sófocles. Alomar, admirador, no seguidor de Nietzche, no podía menos que votar por el trágico que ha dado a Nietzche materia—en *El viajero y su sombra*—para crear, con cuatro líneas, toda una teoría estética que él llama el *sofocletsmo*. ¿Se representará la inmortal, maravillosa *Antígona*? ¿Veremos en escena la *Electra*, traducida por el maestro Pérez de Oliva y publicada en 1528? ¿Veremos también la *Hembra triste*, de Eurípides, según el arreglo del mismo helenista español? La lengua castellana, todavía ruda, tiene ya en esas páginas una dulzura, una emoción que nos subyuga. Y nada más conmovedor, más hondo que la intensa tragedia de la infeliz mujer, que su dolor materno, expresado con esa simplicidad y transparencia de un primitivo lenguaje.

De España no puede faltar algo en el programa. ¿Lope? ¿Calderón? Existe en las nuevas generaciones cierto prejuicio contra Calderón; le ha dañado el acaparamiento de que, con motivo de su centenario, fué objeto por parte de un partido político. Baroja prefiere Calderón a Lope. ¡Quién lo diría! No llegaremos a tanto. Pero ¿no sería interesante la representación del *Gran Tetrarca*? ¿No hay en esa obra unos coros musicales que hacen resaltar la terrible pasión que se desenvuelve en la tragedia? Música lejana, música colectiva que nos trae al espíritu la sensación del lejano Oriente y que ríe y llora a la vez... De Lope se podía dar *El villano en su rincón*: villano que en su aldea, lejos de la corte, tiene para los príncipes un discreto desdén; villano que, en su espíritu, siendo iletrado, pero dueño de una clara inteligencia, se cree tanto como el rey. De Tirso es forzoso representar el *Don Juan* y, con el fin de parangonarlo con él, la producción análoga de Moliére es superior a todo. La mujer para este don Juan es la apariencia, la forma fugitiva; lo íntimo y grande es la idea, «la Humanidad». El don Juan de Moliére es un filósofo, y esa frase de «la Humanidad» es la frase que él emplea en la célebre y discutida escena del pobre.

En lo moderno, Goethe no puede faltar. Goethe y acaso Lessing. De Goethe se representará su tragedia de asunto español: *Clavijo*. Sabido es que Clavijo es don José de Clavijo y Fajardo, escritor del siglo XVIII. Clavijo tuvo amores turbulentos con la hermana de Beaumarchais, y esos amores—fantaseados—constituyen la obra de Goethe. De Lessing, ¿cómo no representar el drama profundo, pletórico de humanidad, *Nathan el sabio*? Alomar vuelve a votar por Lessing, esta vez con admiración y con adhesión completa.

Vengamos al teatro moderno francés. Juan R. Jiménez ha abogado fervorosamente por el grande, espléndido, simpático idealista Villiers de l'Isle Adam. De Villiers se puede dar *Elen*, ese drama de pura psicología en que, en una decoración fastuosa—mármoles, bronces, sedas joyantes—, evoluciona un espíritu inquieto y enigmático. Y se puede representar también

la profunda y bella tragedia—espíritu también, nada de gritos—*La Revolte*. Y llegamos al teatro moderno español.

¿Qué elegiremos en nuestro «repertorio?» Desde luego... nada que sea de repertorio. Tal vez *Los amantes de Teruel*, en su primera versión, y esa primera versión puede constituir lo interesante de tal reestreno. Aparte de tal circunstancia, *Los amantes de Teruel* es la obra más intensa de nuestro teatro moderno. Por primera vez en la escena castellana aparece la madre. Y aparece humana y real como Antígona. Nació el autor en Castilla, pero hijo de padre alemán, la fuerza castellana se junta a la pura sentimentalidad germánica.

¿Habrá algún actor en España que pueda decir el monólogo que sirve de introducción a las *Tardes de invierno* de Pi y Margall? ¡Qué magnífico, grandioso fragmento para un actor! En hondura de pensamiento y en fuerza dramática—íntima y delicada—, no habrá nada que le supere en la literatura española contemporánea. El final de este estupendo monólogo—invocación religiosa a las fuerzas eternas del mundo—llega a lo más alto de lo sublime.

Y todos los del grupo *Idealidad*, prescindiendo de las protestas de Baroja han votado porque se represente el breve drama del escritor vasco *¡Adiós, juventud!* En este diálogo está compendiado, con profunda y melancólica poesía, todo el espíritu de una época; el espíritu de una época y el perdurable de la juventud que se despide con sus quimeras, ensueños y esperanzas.

¿Qué éxito—lenguaje teatral—tendrán los esfuerzos del grupo *Idealidad*? El éxito del público no importa nada; no se darán estas representaciones para el público grande. Lo que importa es la belleza.

AZORÍN

(De *A B C*. Artículo: *De un transeunte*).

De costarricenses a centroamericanos

CON el tomito de *Poesías* de José Olivares, buen poeta de Nicaragua, y el de *El rosal del ermitaño* de Rafael Heliodoro Valle, que lo es de Honduras, las EDICIONES DE AUTORES COSTARRICENSES se tornan de CENTROAMERICANOS, de acuerdo con la primera idea que se tuvo al hacer la publicación; dan testimonio de ello *La mala sombra* de García Monge y *De variado sentir* de R. Tovar.

Por otra parte, esta vuelta al camino sea considerada como nuestro homenaje de Editores a Centro América, en el primer Centenario de su Independencia.

"HUANAKAURI"

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA, ARTE Y CIENCIAS SOCIALES (Cuzco, Perú)

SEÑOR GARCÍA MONGE

Costa Rica.

Muy señor mío:

UN sentimiento de solidaridad americanista y de noble rebeldía por el arte literario; un sentimiento de mutuo respeto y conocimiento entre escritores hispano-americanos, que se desconocen absolutamente, es el que nos ha impulsado en afán redentorista de Quijotes, lanza en ristre, contra la imbecilidad y la estulticia del poblacho, a fundar esta revista del «Huanakauri»; que es un símbolo vibrante de americanismo. En ella latirá, ante todo, nuestra sangre aborigen y un esfuerzo juvenil de idealismo y energía; un acendrado cariño por nuestra América virgen, por esta nuestra América, que quisiéramos verla libre y unida para siempre, como la soñara el numen profético de Bolívar, el apostolado de José Martí y la árdua esperanza, sembrada por aquel luminoso espíritu que se llamó José Enrique Rodó.

A ello aspira precisamente nuestra revista, sobre el odio de las fronteras, sobre el sentimiento reducido de la patria chica, sobre las cizañas que quieren sembrar el logrero ideal de los chauvinistas. Nosotros queremos tender los brazos anhelantes de la simpatía que predicara Guyau, y levantar el corazón pletórico de la hermandad artística como un vaso lleno de sangre.

Nosotros queremos un solo sentimiento, un solo anhelo, una sola esperanza, una sola alma vibrante, que nos conmueve desde el Anáhuac y el Río Grande, hasta el frío estrecho Magallánico. Los Andes serán la cúspide donde levantemos, como en la vieja Mitología India, la lírica fogata de nuestros ensueños apolíneos. Veinte cumbres se coronarán de fuego sagrado y entonces habremos hecho la siembra épica. Para ello contamos con el entusiasmo de todos nuestros hermanos de América, con el culto de todos los maestros: llámense Martí, González Prada, Montalvo, Acosta, Bello, Sarmiento, Justo Sierra. También nos escudaremos con los nombres de los que ya llegaron a la cumbre, como son: Rubén Darío, Silva, Gutiérrez Nájera, Rojas, Blanco Fombona, García Calderón, Díaz Rodríguez, Vargas Vila, Lugones y otros muchos.

Es por ello que el prestigio de su pluma nos es indispensable en la revista, y fiados en el sentimiento americanista que debemos tener todos, le solicitamos, en nombre del ideal y de la belleza, su colaboración, que no dudamos nos favorecerá siempre.

Anticipándole mis agradecimientos,

El Director.

LUIS VELAZCO ARAGÓN

NOTA.—Suplicamos nos mande los libros que ha publicado para dar cuenta en la respectiva nota crítica o bibliográfica de la Revista.

Toda colaboración y correspondencia diríjase al Director. Portal de Belén Nº 132. Cuzco, Perú.

DESDE LEJOS

Mi corazón hoy florece
para ti, lejana ausente,
y hondas rachas de tristeza
pasan nublando mi frente.

No ha muerto, no, aquel amor
que venturoso fué un día:
aunque silente está el piano
guarda en su alma una armonía.

Esa armonía es la esencia
del recuerdo y del amor;
es una mágica fuente
de alegría y de dolor.

Mensajera de mis penas
es la brisa, que te lleva
mis recuerdos, mi esperanza,
y un anhelo: vida nueva.

Torna a mí tu pensamiento
que es perpetua primavera;
el corazón que amó tanto
aunque no vuelvas, te espera.

Ven a ver estos jardines
que hay en mi alma, florecidos;
en ellos dejan las aves
sus canciones y sus nidos.

Se embellece la pradera
con tu recuerdo divino
y un oculto surtidor
te indicará mi camino.

Lleva el eco mis palabras
a la montaña y al río,
y al escucharlas parece
que el corazón ya no es mío:

Todo él ya se ha transformado
en una armoniosa voz
y está en todo, como está
en todas las cosas Dios.

Y es que el amor, cuando es grande,
no cabe en un universo,
como no cabe la idea
jamás en un solo verso.

Desde lejos hoy te envío
ramilletes y canciones:
son cadenas con que se atan
de amor nuestros corazones.

Que el eco de mis cantares
despierte en ti los anhelos
y me devuelva tu amor,
que es la gloria de mis cielos.

J. J. SALAS

Se necesita una maestra...

Se *necesita una maestra de verdad*, que ame su profesión, que no sea apática, dormida y rutinaria; que animada del vivo anhelo de perfeccionarse sepa producir siempre más y mejor; que sintiéndose feliz en presencia de los niños, confunda su alma con la de ellos, manteniendo esa simpática comunión de afectos que permite, al niño, manifestarse como es, y al maestro, conocerlo bien.

Se necesita una maestra de verdad, tan cumplidora del deber, puntual, activa, laboriosa, tan entusiasta, noble y bondadosa, que su vida predique con los hechos, para templar el carácter *de aquel muchacho* que la patria reclama con urgencia; una maestra que «con sus autoridades y colegas se manifieste siempre recta, de alma abierta y generosa, jamás murmuradora, o desdeñosa; una maestra que se presente ante sus superiores sin servilismo ni insolencia, que sepa conservarse digna, sin altanería; respetuosa y amable, sin bajeza».

Se necesita una maestra de verdad, que no se avergüenze de ser maestra; que no tema ser vista por la calle llevando el libro, el cuaderno o el rollo de deberes, que son instrumentos nobles de su noble profesión; una maestra que vista con decoro, elegancia y seriedad; que sepa que las joyas, los encajes sientan bien en la tertulia y el sarao, pero son una nota discordante en la escuela pública, democrática, sencilla y pobre.

Se necesita una maestra de verdad, que sienta en su alma vibrar un ideal; una maestra que, poseída del sentido de la propia nacionalidad, sepa imprimir a su obra sello imborrable de *argentinidad:* que haga resplandecer en el corazón de aquel muchacho la sagrada llama de patrio amor, de ese patriotismo amplio, sereno y generoso que se hermana con el amor santo de la humanidad, para engendrar con él indisoluble y eterno vínculo de paz.

JUANA BRICCA DE ARRASTÍA.

(El Monitor de Educación Común. Buenos Aires).

Repertorio Americano

Revista de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado quincenalmente por

GARCÍA MONGE Y CÍA.,

EDITORES

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	₡	0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración		2-00
Para el extranjero, el número suelto	$	0-15 oro am.
La serie anual (24 entregas)		3-50 » »
La página de avisos, por inserción		20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Párrafos de una carta de Monseñor Nouel

De una carta dirigida por el Ilustrísimo Arzobispo de Santo Domingo, a un amigo suyo, antes de salir de San Juan de Puerto Rico para Europa, copiamos los siguientes importantes párrafos:

«Celebré una larga entrevista con el Honorable Gobernador de Puerto Rico; parece que mi carta a Russell hará cambiar las cosas allá.

»Dios quiera que no haya locuras ni se precipiten en aceptar un gobierno civil americano. Es preferible esperar y seguir pidiendo hasta obtener LA RESTAURACION DE LA REPUBLICA. Sigo creyendo que el viaje a Washington hubiera sido un fracaso; antes de emprender una ruta es medida previsora de un buen capitán explorar el camino.

»Los obstáculos se van venciendo poco a poco y cuando llegue el caso yo iré hasta Siberia si necesario fuera».

(Listin Diario. Santo Domingo).

Imprenta y Librería Alsina—San José, Costa Rica